M&A InC.

Massot / Monteverde & Asoc. 14/12/10 - Año VIII, número 375 inc@ar.inter.net

El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Jugar con fuego

Semanas atrás, en la lejana provincia de Formosa su gobernador —kirchnerista de confesión diaria— mandó despejar una ruta tomada por los tobas que, en eso de avanzar sobre los espacios públicos y desde allí extorsionar a la sociedad, no tienen nada que aprender. El resultado fueron tres personas muertas, incluyendo a dos miembros de la citada comunidad indígena y a un agente de policía. Siendo inusual que algo así sucediese, el asunto pronto dejó de circunscribirse al ámbito local para transformarse en una discusión a nivel nacional en donde, como siempre ocurre, se dividieron las aguas entre aquellos que creyeron advertir, en la represión, un acto desproporcionado y discriminatorio contra una minoría étnica y aquellos que reivindicaron el derecho del Estado a reestablecer el orden.

No se habían acallado los ecos de la polémica cuando estalló un conflicto en el Parque Indoamericano, que luego se expandiría a otras localidades. El saldo en términos de vidas perdidas fue, hasta ahora, similar al formoseño. Sólo que existe en la Argentina —fruto de la asimetría histórica hallable entre la Capital Federal-Gran Buenos Aires y el resto del país— lo que alguna vez denominamos *geografía política de la muerte*. El valor y las consecuencias que de hecho tienen los asesinatos, las violaciones o la supresión física de militantes de cualquier agrupación es tan distinto a lo largo y ancho del país, que tres muertos en Formosa ciertamente no interesan ni pesan lo mismo que cuatro en la Reina del Plata. Si Kostecki y Santillán hubiesen sido ultimados

en San Juan o Córdoba nunca un presidente hubiese considerado necesario acortar en seis meses su periodo gubernamental. Pero cayeron en el Puente Pueyrredón. En el mismo orden de cosas, una reacción espontánea, nacida de un día para otro, como la generada por el asesinato de Axel Blumberg, jamás habría podido crecer y extenderse como lo hizo de haber tenido lugar en Bahía Blanca, Rosario o Bariloche.

Lo primero que salta a la vista en los hechos del citado parque es que se inscribe dentro de este contexto y ello explica la razón en virtud de la cual debieron sentarse a una misma mesa —deponiendo sus odios— Aníbal Fernández y Mauricio Macri; que el Ejecutivo nacional tuviera, contra su voluntad inicial, que enviar a la Gendarmería a rodear al predio de la discordia; y, finalmente, por qué Cristina Fernández anticipó a las apuradas la creación de un nuevo ministerio que recién estaba pensado para comienzos del año próximo.

Vayamos por partes. Cuando el río suena, agua trae, reza un refrán popular de todos conocido. Pues bien, se aplica como anillo al dedo a la guerra que divide a una barriada de clase media baja, asentada en Villa Soldati desde hace tiempo, y un conjunto de intrusos —*okupas*, en el idioma popular— que, siguiendo el ejemplo de buena parte de sus pares en la protesta social, llegaron al mencionado parque con el propósito de transformar su estadía pasajera en residencia permanente.

Lo que en principio parecía un asentamiento ilegal más, de los muchos que existen en esa y otras zonas de la Capital y el Gran Buenos Aires, terminó a los tiros y modificó el panorama en un santiamén. Sencillamente en virtud de la furiosa reacción de los vecinos del lugar que no desean convivir con los recién llegados. El dato novedoso del asunto ha sido la manera cómo los ya establecidos decidieron defender lo que consideran su forma de vida y su seguridad, apelando a la violencia. ¿Son los intrusos unos malvivientes que con el tiempo iban a transformar el lugar en una villa miseria? ¿Resultan, en verdad, una amenaza de la envergadura planteada por sus agresores? Son preguntas que no tienen respuestas sencillas. Pero como quiera que sea, lo cierto es que en Villa Soldati se planteó por primera vez un enfrentamiento con muertos que amenazó escalar hasta limites peligrosos y, por lo tanto, intolerables tanto para la administración de Cristina Fernández como para la de Mauricio Macri.

Los ingredientes que hacen inteligible el fenómeno reseñado existen desde el momento en que el ex–presidente de Boca Juniors ganó las elecciones, desplazando al candidato oficialista. Declarado entonces *persona no grata* por el kirchnerismo, se le hizo la vida imposible. Si a esta disputa desenvuelta en público, sin ningún tipo de escrúpulos, se le agrega la promesa del Poder Ejecutivo —sostenida sin solución de continuidad a partir de la asunción de Néstor Kirchner, en mayo del año 2003— de no reprimir la así llamada protesta social y, por fin, se le suma el patético desempeño de una Policía Metropolitana que sirve tan sólo para dirigir el trafico, era cuestión de tiempo que la violencia escalase.

La presencia de activistas de reconocida militancia kirchnerista hace pensar que pudo haber un plan tendiente a complicarlo a Macri más de lo que está. Sólo que si se quiso torearlo, poniendo al descubierto su impotencia, el tiro al oficialismo le salió por la culata. Es que si en un primer momento Macri claramente llevó las de perder en tanto y en cuanto no fue capaz de poner orden, luego —al desmadrarse y generalizarse el conflicto— resultó ser el gobierno nacional el que salió mal parado. El llamado, casi agónico, del *lord mayor* porteño a una presidente que no le prestó la menor atención al comienzo de los incidentes, demostró hasta que punto el líder de PRO es extremadamente vulnerable frente a un oficialismo que obra como si fuera su enemigo.

El silencio de la Casa Rosada transparentó la intención de dejarlo pedaleando en el vacío a quien considera uno de sus principales contendientes de cara a las elecciones presidenciales de octubre de 2011. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta de que, al actuar de ese modo, el gobierno estaba a punto de pisar el rastrillo y dárselo en la cara. Una cosa era dejarlo al ingeniero a la buena de Dios, desoyendo la orden de un juez para que interviniesen las fuerzas de seguridad federales y otra muy distinta la muerte de cuatro personas en medio de un verdadero infierno de saña y violencia. Si sólo hubiera habido peleas de distinta magnitud entre las facciones antes mencionadas, sin el saldo luctuoso de esas vidas pérdidas, es posible que todo hubiera sido ganancia para los K. Sobre todo si la Gendarmería y la Prefectura hubieran irrumpido para restaurar el orden siguiendo instrucciones precisas del Ejecutivo ante la impotencia de Macri. Pero nada de eso sucedió. Como el enfrentamiento, por efecto de la ausencia del Estado, llegó a los topes dramáticos que el país sigue básicamente por televisión, el gobierno de la viuda de Néstor Kirchner terminó como el de la Capital. En realidad, perdieron los dos.

El tardío ingreso en escena de las fuerzas de seguridad puso una barrera entre los beligerantes. Pero, ¿cuánto más pueden estar desplegados esos dispositivos en el lugar? Aun si se quedasen a vivir en Villa Soldati —lo cual es un despropósito— el problema es que ya estallaron otros focos similares en distintas localidades de Capital y Conurbano (Villa Lugano, Quilmes y La Matanza). En buena medida lo que ha salido a la luz es la magnitud de un fenómeno para el cual, en el mejor de los casos, se pueden hallar paliativos a fin de acotarlo. Una solución de fondo sería hoy imposible de implementar. Cosa que, aunque se cuiden mucho de decirlo, saben tanto los funcionarios nacionales como lo de la Capital Federal.

Supongamos por un instante que los intrusos se salieran con la suya y se quedaran en Villa Soldati. ¿Cuánto duraría la tregua y cuál sería el mensaje para todos aquellos que hoy están en la misma situación y desean ocupar el espacio publico? Imaginemos que, para evitar nuevos incidentes, se los relocalizase, como es la idea que manejan las autoridades. Igualmente lo que quedaría demostrado es que la violencia, en la medida en que se esté dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias, rinde sus frutos.

Sería exagerado sostener que vamos derecho en dirección de México D.F, San Pablo o Río de Janeiro en términos de la proliferación de bandas de narcotraficantes que —al no ponérseles coto— terminan desafiando el poder del Estado. No hay aquí carteles de la dimensión de los del país azteca o comandos organizados a semejanzas del *Vermelho* carioca. Pero quince años atrás en Méjico las clases dirigentes miraban el caso colombiano a la manera de un peligro lejano. Ahora, por no haber tomado cartas en el asunto y detectado el problema en toda su magnitud tempranamente, no saben qué hacer y marchan detrás de los acontecimientos.

En la Argentina nadie, fuera de los discursos, tiene la voluntad de meterle mano a ese verdadero polvorín social que es el Gran Buenos Aires y algunas zonas contiguas de la Capital Federal. La razón es simple: ninguno de los dirigentes y partidos políticos existentes posee la más mínima idea de qué hacer. Mientras tanto el *monstruo* sigue creciendo con las consecuencias, todas ellas nefastas, que trae aparejadas.

Si para muestra vale un botón, que sean dos. En tanto en Villa Soldati se mataba, la señora presidente peroraba sobre los derechos humanos flanqueada por Hebe de Bonafini y Estela

Carlotto y, para hundir a Macri, se negaba a dar la orden que finalmente debió impartir. De su lado el Jefe de Gobierno Autónomo demostró que su capricho de contar con una policía propia fue un gastadero inútil de tiempo y de plata. En la medida en que la más alta autoridad de la República supedite las cuestiones de Estado a sus caprichos ideológicos y quien parece ser el dirigente opositor mejor posicionado en las encuestas demuestre tamaños desajustes en su gestión, estaremos condenados a vivir de esta manera.

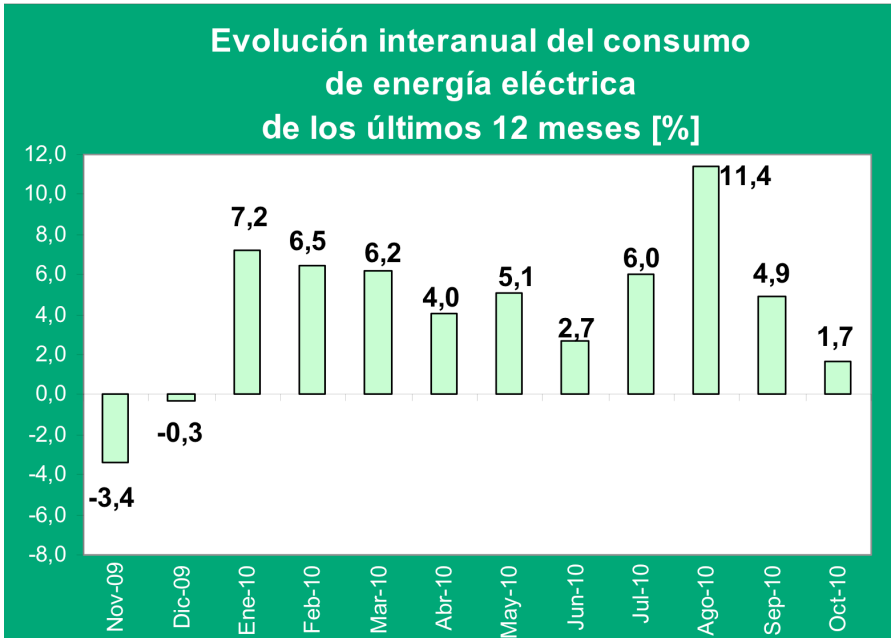
Cristina Fernández comenzó a padecer la ausencia de un marido que sabía jugar con fuego mejor que ella. Porque alentar las tomas, impulsar a D'Elía, proclamar a los cuatro vientos que no se reprimirá ninguna protesta social, prometer plata y terrenos a cualquiera que ocupe los espacios públicos violando las leyes y sancionar a la policía si hay heridos, es un cocktail explosivo. La presidente ha mostrado en la primera crisis de envergadura que debió enfrentar después de la desaparición de Néstor Kirchner, que no es para todos la bota de potro. Hasta la semana próxima.

¿Crecimiento a tasas chinas?
Tres refutaciones

- Hemos sido insistentes en rechazar los exorbitantes registros de crecimiento de la actividad económica difundidos por el INDEC y aceptados sin resistencia por algunas firmas privadas.
- En primer lugar, toda expansión de la actividad económica debe reflejarse en la recaudación del IVA.
    - Como lo recolectado por el impuesto al Valor Agregado resulta de las variaciones en precios y cantidades de toda la economía, si descontamos del crecimiento de la recaudación la inflación real debieramos arribar al crecimiento en términos reales de la actividad —es decir, en unidades.
    - En el acumulado hasta octubre lo recaudado por IVA aumentaba 22,6 % interanual.
    - Si descontamos cualquiera de las mediciones de inflación efectuadas por fuentes privadas —aún las más condescendientes con la óptica oficial— arribaríamos a un crecimiento de la economía notoriamente más modesto que el informado por el INDEC y por algunas firmas profesionales.

- Nótese que al tomar los registros a octubre —lo que incluye diez de los doce meses del año— se diluye todo desvío estacional.

- Por otro lado, el consumo de energía constituye un *proxy* mucho más confiable a la marcha de la actividad económica que los números del INDEC.
  - Según la medición de Fundelec (Fundación para el Desarrollo Eléctrico), el consumo de energía eléctrica durante los diez primeros meses del año fue 5,4 % superior al registrado en el mismo período de 2009 —bien distante de las tasas chinas a las que habríamos supuestamente crecido.
  - En lo que hace al mes de octubre, la demanda neta total del mercado eléctrico mayorista fue 8560,8 Gwh para todo el país, lo que implica un aumento interanual de apenas 1,7 % contra el cuasichino 7,8 % de supuesto crecimiento informado por el INDEC.
  - Salvo en enero y agosto, este año la demanda eléctrica nunca creció por encima de 7 %.



- Por último debe tenerse en cuenta que las elevadas tasas de crecimiento anunciadas por algunas fuentes privadas —casi idénticas a las publicitadas por el INDEC— son inconsistentes con las tasas de inflación informadas por esas mismas firmas —mucho más elevadas que las del INDEC.

  Esto significa que, si se toma la inflación y el crecimiento registrados por estas firmas, el crecimiento del PBI nominal debiera ser muy superior al relevado por el INDEC.

Secciones del Informe completo

- Jugar con fuego
- La monetización del déficit
  La inflación, nueva caja del gobierno
- Meten mano en el PAMI, el INDER, fideicomisos y retiros militares
  Con la inflación no alcanza
- Soja: buenos precios, menor cosecha
  La amenaza de La Niña
- Liberaron transitoriamente la importación de alimentos
  Los desvaríos de la política (¿?) comercial argentina